

NARANJO

Por Gisela Guillermina Beltrani. Docente de Jornada Ampliada de la escuela N° 494 "Almafuerte".
Cañada de Gómez.

La espera ya no era espera; era una sensación tímida que embargaba cada centímetro de su ser. Se convirtió en angustia, en desesperanza, en anhelos rotos que dejaron de ser “ese día soñado”. Esa espera, dejó de ser el canto de muchos niños, de los pájaros en los limoneros, pinos y laureles del barrio, dejó de ser la melodía que entonaba el repartidor de diarios que alegraba las mañanas de otoño. Los árboles se guarecían de los primeros fríos, y sólo algunos, los más audaces, se cubrían de hojas amarillentas y rojizas que se confundían con los atardeceres de mayo.

El regreso a esa normalidad tan añorada parecía lejano, pero ella se preparaba con todas sus expectativas puestas en lo porvenir, en la esperanza, en la solidaridad, en un nuevo y equilibrado porvenir que se mezclaba con el horizonte incierto del presente; sin saber que el confinamiento sería la espada para batallar en esta guerra sin nombre, sin edad, sin códigos establecidos. Ella miraba cada mañana por el ventanal de la galería, cómo su árbol de naranjas se fundía con el aún verde de la hierba y el brillo de los rayos del sol. Imaginaba que se colmaba de sueños, de vivencias, de deseos. Imaginaba que muy pronto esa espera de color blanco se



transformaría en reencuentros, en abrazos, en momentos compartidos con otros y con el otro. Esos otros que son capaces de recibir y también de dar, y mucho; ese otro con el cual puedo ser yo en mi más íntima esencia, sin vergüenza ni temores. Y los días pasaban y las noches se hacían más largas, la luna observaba a la tierra como si supiera que ésta ocultaba una profunda tristeza. Y así transcurrían bajo un impoluto silencio, silencio tan filoso que cortaba las hojas más gruesas de aquel cuaderno guardado en el fondo del cajón.



Ella esperaba, ella espera, ella seguirá esperando, porque sabe que ella es la que cobijará entre sus brazos a los que, con su sonrisa locuaz y auténtica, despertarán los latidos del patio escolar. Ella; si ella, ella soy yo, que espero refugiada en el amor y en la paciencia que esta tormenta pase, como muchas que pasaron y dejaron grandes lecciones de vida.